

LASSALLE RUIZ, José María: *Liberales. Compromiso cívico con la virtud*, Editorial Debate, Barcelona, 2010 (414 pp.)

DAVID DELGADO RAMOS (*)

I

La historia del liberalismo es la historia de una pasión, la pasión por la libertad. Una pasión que germinó en el siglo xvii al albur de las revoluciones inglesas que, enarbolando la defensa de la libertad individual como principio rector de la sociedad y el orden político, transformaron la absolutista Inglaterra de los Estuardo en una monarquía parlamentaria.

La consolidación del modelo parlamentario y la «sumisión» de la monarquía al Parlamento no fue un camino recto y fácil. El modelo absolutista, que buscaba reducir el Parlamento a un mero órgano consultivo, se topó con una sociedad que había cambiado mucho desde los oscuros tiempos de Enrique VIII, y que, tomando como punto de partida el cisma anglicano, había hecho de sus libertades individuales y, más concretamente, de la libertad religiosa y de la propiedad, baluartes contra la opresión y la tiranía que emanaban del absolutismo real.

El conflicto, inevitable, se desencadenó en dos momentos no muy lejanos en el tiempo. El primero, desatado en 1642 con la primera revolución inglesa, tuvo como consecuencia en 1649 el derrocamiento de Carlos I, su decapitación sumaria y el establecimiento de una *Commonwealth* o república puritana dirigida por Cromwell, constituyendo la primera victoria del parlamentarismo y las «viejas libertades» de los ingleses sobre los deseos absolutistas del rey.

(*) Doctorando en Derecho Constitucional (UCM).

El segundo y más importante y que constituyó la victoria definitiva del parlamentarismo inglés tras otras dos revoluciones, —la de 1648-1649 y la de 1649-1651— y el largo *Protectorado* de los Cromwell entre 1653-1659, tiene su cénit con la llamada *Revolución Gloriosa* de 1688, que derrumbó definitivamente un modelo político, —la monarquía absoluta de origen divino— y un rey, —Jacobo II— y se consolidó la preeminencia del Parlamento sobre la Corona, encarnada en el *estatúder* holandés Guillermo de Orange, esposo de la reina María II, hija mayor de Jacobo II.

En este libro, titulado «*Liberales. Compromiso cívico con la virtud*», el autor, José María Lassalle, profesor de Filosofía del Derecho de la Universidad Rey Juan Carlos, dirige su mirada a analizar los fundamentos históricos, políticos y religiosos que hicieron del liberalismo el engranaje intelectual que dio sustento a los puritanos *whig* en su lucha contra los conservadores y mayoritariamente católicos *tory*, quienes amparaban las pretensiones absolutistas de los Estuardo.

El relato, novedoso por cuanto pone de relieve con extraordinario detalle la amalgama de ideas de las que surgió el liberalismo, sirve como instrumento apologético de un liberalismo profundamente ético, lleno de convicciones morales y alejado de dogmatismos, salvo uno: la pasión por la libertad. Una libertad entendida de una forma individual, sin coacciones y donde el individuo pueda desarrollar, según su conciencia, el «plan de Dios» que Éste tiene para aquél.

Lassalle, sin embargo, da continuidad a su análisis con el relato evolutivo del liberalismo posterior a Locke y a los liberales del siglo xvii, prosiguiendo con Adam Smith y Edmund Burke quienes, tantas veces malinterpretados, han hecho que el liberalismo, en la postmodernidad, sea concebido como una ideología similar, cuando no sinónima del conservadurismo y el capitalismo, haciendo del ánimo de lucro y las bajadas de impuestos su *alma mater* o razón de ser. Nada más lejos de la realidad. El autor, consciente de ello, desmonta el falso mito y saca a relucir la verdadera alma del liberalismo, pero, sobre todo, su vigencia más allá de ciclos políticos e históricos.

II

Partamos de una premisa que utiliza el autor como punto de partida de su estudio y que toma prestada de la politóloga Judith Shklar: «*el liberalismo surgió como trinchera institucional contra el miedo*». El miedo de la clase media burguesa y puritana inglesa al absolutismo de los Estuardo y a la posibilidad de que se revocasen las aparentemente consolidadas libertades religiosas derivadas del cisma anglicano de Enrique VIII y, posteriormente, se atacase al Parlamento.

Y ese miedo del que surge el liberalismo tiene un momento temporal, la *Crisis de la Exclusión* de 1678-1688, y una fecha aún más concreta, 1681, el año en el que Inglaterra vivió peligrosamente y se rompió el tímido equilibrio entre Corona y Parlamento que había sustentado la Restauración monárquica tras el acceso al trono de Carlos II en 1660, tras la decapitación de Carlos I y la posterior república puritana de Cromwell.

Ciertamente, la génesis de este periodo, de este *momento liberal*, a pesar de la confluencia de una amplísima amalgama ideológica y personal, tiene fundamentalmente un único nombre propio, John Locke y un partido político, el *whig*, liderado por el mentor de Locke, Lord Shaftesbury. Éste, con el sustrato ideológico proporcionado por Locke, constituyó el más fiero y eficaz ariete político que tuvo jamás el incipiente liberalismo de raíz protestante frente al absolutismo *tory*, de mayoría católica y anglicana, sustentador de las pretensiones despóticas de los Estuardo. Una oposición al absolutismo que, paradójicamente, recorrió el camino inverso al de un proceso político de cambio porque, como señala el autor, «*primero fue constitucional y parlamentaria, pero pronto evolucionó hacia la subversión y después hacia la revolución*».

La «trinchera» ideológica desde la que estos primeros *liberales* defendieron sus posiciones la conformaba un *cóctel* intelectual unificado y sistematizado en el que confluían, por un lado, las «*experiencias antiabsolutistas y antipapistas vividas por la causa parlamentaria inglesa durante la primera mitad del siglo xvii*. Por otro,

el desarrollo teórico fraguado en el seno de la revolución puritana de la mano de los levellers y de pensadores como Milton y Harrington. La combinación de ambas aportaciones, sumada al precipitado político que fue la Inglaterra de la Restauración, hizo posible que el liberalismo viniese al mundo como la ideología de los whigs».

La causa parlamentaria, abanderada por los *whigs*, hizo pivotar su ataque al despotismo utilizando como armas parlamentarias la propiedad y la libertad. La propiedad, que otorgaba a los ingleses la condición de hombres libres, no sometidos a ningún señor, era, para Lassalle, «*la expresión de la dignidad política del hombre común, de la gente corriente*» y como tal conformó el *alma* del pueblo inglés, que se consideraba un pueblo de propietarios y, como tales, hombres libres. Esta conciencia de hombres libres, derivada del trabajo de sus propias tierras, condicionaba el orden político y el gobierno, pues aún campesinos o pequeños propietarios no trabajaban para ningún Señor y, por tanto, eran dueños de su destino.

Esta plena conciencia de su libertad tenía un origen ancestral y de ella derivó, ante la imposibilidad de imponer un sistema despótico y absolutista a una sociedad de propietarios, la creación de un sistema político articulado en torno a la separación de poderes, que garantizaba un gobierno mixto, razonablemente equilibrado, y en donde Corona y Parlamento estaban obligados a entenderse.

Asimismo, el factor religioso reforzó también esta conciencia individualista de los ingleses tras el Cisma de Enrique VIII, al acentuar unas propias señas de identidad religiosa. El calvinismo puritano y las numerosas sectas protestantes encontraron fácil acogida en una sociedad que despreciaba el absolutismo y que, acogiendo las diversas manifestaciones derivadas de la Reforma, hizo de la tolerancia religiosa una de sus señas de identidad. Los ingleses vieron en la tolerancia, apunta el autor, «*una solución pacífica y necesaria a la hora de salvaguardar la estabilidad interior de un país cada vez más plural en términos religiosos*». La necesidad hecha virtud.

Sin embargo, todo este pacífico clima de estabilidad política, con el gobierno mixto y la tolerancia religiosa como vectores, se diluye con la llegada al trono de Jacobo I Estuardo, un rey que anhelaba el

absolutismo francés emanado del *bodinismo* y que, deseoso de fortalecer el poder de la monarquía, pretendía ejercer un mayor control sobre la Iglesia Anglicana y el Parlamento.

El rey, para tratar de someter al Parlamento y librarse de la dependencia financiera que tenía de él y así poder ampliar su capacidad de maniobra sin control alguno, pretendió convertir el derecho de propiedad en algo meramente subjetivo, derivado de una concesión regia y, por tanto, revocable en cualquier momento. Su fracaso le llevó a disolver el Parlamento en 1611 y a recurrir, con objeto de incrementar los ingresos de la Corona, a empréstitos y nuevos impuestos, que desataron la indignación de la burguesía y el campesinado.

La tensión política, sin embargo, no se aplacó con el acceso al trono de Carlos I tras la muerte, en 1625, de Jacobo I. Carlos I era igual de absolutista que su padre y, como él, criptocatólico. Necesitado de fondos para continuar con la guerra de los Treinta Años, tras la negativa del Parlamento a concedérselos, impuso préstamos sin autorización parlamentaria. En 1628, necesitado de más fondos, convocó un nuevo Parlamento, dando lugar a que los Comunes, mediante la *Petition of Rights*, le planteasen, para autorizar los fondos, que la «nación no debe ser obligada a soportar empréstitos forzosos y a pagar impuestos no votados en el Parlamento».

La lucha contra la tiranía de Carlos I no acabó, con todo, ahí. Amarrado por la *Petition of Rights*, no volvió a convocar al Parlamento y siguió utilizando la ilegal vía confiscatoria que ya había utilizado con anterioridad. Esto, unido a la persecución desatada contra los opositores a la unificación religiosa, incrementó el desafecto de los Comunes que, como expone el autor, vieron en su política «una finalidad absolutista e impía. Una política que pretendía garantizar la supremacía de la Corona silenciando al Parlamento y unificando religiosamente al país». La tensión, *in crescendo*, desembocó inevitablemente en la guerra civil en 1642.

Con la derrota de Carlos I en 1649 y su ejecución, empezaron a cobrar forma nítidamente los dos conceptos básicos sobre los que el liberalismo aglutinaría toda su amalgama ideológica: libertad y propiedad. Este primer liberalismo, el liberalismo de los *levellers*, entre

ellos Milton y Harrington, asentó además muchos de los principios que Locke puliría para conformar un corpus ideológico más modelado, como la insistencia en la libertad religiosa como propiedad moral de la persona y la necesidad de un gobierno mixto como limitación del poder político.

Por ello, este primer liberalismo, republicano, creyó que con la victoria sobre el absolutismo y el establecimiento del Protectorado de Cromwell, se abría la posibilidad de constituir una auténtica república puritana que aglutinase estos principios. Sin embargo, el «sueño republicano» duró poco por la deriva cesarista y la pérdida de apoyo social. En 1660 los Estuardo fueron restaurados en la persona de Carlos II, un rey que, con todo, poco o nada había aprendido de la guerra civil y el Protectorado y que, pese al voto de confianza que supuso la Restauración, amagó reiteradas veces con el absolutismo de sus ancestros y el control de la religión, acelerando con ello el nacimiento del liberalismo.

Lord Shaftesbury, líder del partido *whig* y mentor de Locke, fue consciente del peligro que se cernía sobre las libertades de los ingleses si continuaba la deriva pro absolutista y pro católica del rey. Utilizando como soporte intelectual la célebre *Carta sobre la Tolerancia* de Locke, enarboló la libertad de conciencia para oponerse al peligro «papista», rechazado por los ingleses. La victoria social, ampliamente ganada por los *whigs*, aceleró la génesis liberal, revolucionaria, ampliando el poder político de la oposición al rey. Paradójicamente, la tolerancia, esgrimida como argumento por los *whigs*, era sistemáticamente negada a los católicos porque, como señala el autor, «*el catolicismo era visto como una religión intolerante, extranjera y antiparlamentaria*».

Shaftesbury, por ello, pretendió evitar, con la Ley de Exclusión, que un católico retornase alguna vez al trono inglés, preocupado por el hecho de que Carlos II no tuviese herederos y el trono recayese en su hermano, el duque de York, profundamente católico. La tentativa no tuvo éxito porque el rey contraatacó disolviendo el Parlamento tras la aprobación de la Ley, con lo que no fue promulgada, pero las sucesivas victorias electorales *whigs* hicieron de este recurso algo fútil, viéndose obligado a disolver el Parlamento indefinidamente.

Los *whigs*, empezando por Shaftesbury, fueron perseguidos, por lo que su estrategia pasó a ser abiertamente revolucionaria.

La ascensión al trono del hermano del rey, el duque de York, como Jacobo II en 1685, no hizo sino acelerar los acontecimientos. El rey avanzó en la deriva antiparlamentaria y pro católica, minando con su autoritarismo los cada vez más escasos apoyos con los que contaba, particularmente entre los *tories* y la Iglesia anglicana. La conspiración, cada vez más plural y transversal al incluir a muchos *tories* en ella, tomó como líder y referente al yerno de Jacobo, el *estatúder* holandés Guillermo de Orange, calvinista, quien invadió el país en 1688, desencadenando la *Revolución Gloriosa*.

Este proceso revolucionario, consecuencia de la deriva despótica de los Estuardo, se articuló intelectualmente gracias a John Locke, considerado el auténtico «padre» ideológico del liberalismo porque, a través de los *Dos Tratados sobre el gobierno civil*, su obra más importante, definirá sus «*coordenadas básicas*», como señala el autor.

La importancia de estas obras, consideradas el texto fundacional del liberalismo, radican en que, si bien nacieron con el propósito de refutar las tesis absolutistas de Filmer, que limitaban el papel del Parlamento y, a la vez, proporcionar un soporte que articulase la oposición parlamentaria de Shaftesbury y los *whigs*, lo cierto es que su trascendencia para la Historia de las Ideas fue mayor, al anticipar gran parte de los paradigmas políticos de la Ilustración.

En el *Primer Tratado*, centrado en refutar las tesis patriarcales con las que Robert Filmer, en su *Patriarcha*, defendía el absolutismo bodinista como dimanación bíblica y con ello, la debida sumisión a la voluntad regia, Locke establecerá el sometimiento de todos los hombres a la ley natural por ser propiedad única y exclusivamente de Dios pero y, a diferencia de lo sostenido por Filmer, seres libres e iguales por naturaleza por la voluntad de su Creador. Con ello rompió la unidad argumentativa de Filmer, para quien el poder político y el poder paternal estaban unidos.

En el *Segundo Tratado*, de mayor alcance político pero consecuencia del *Primero*, Locke, como expone el autor, «*edificó su teoría*

sobre el origen, el alcance y el fin del gobierno. Una teoría basada en una relación directa entre los hombres y su creador que, regulada por la ley natural, situaba a la humanidad en un estadio originario de igualdad y libertad que excluía cualquier pretendida superioridad monárquica». Pero al hacerlo, por vez primera, estableció un «derecho de resistencia» frente a un gobierno despótico, carente de virtud, que quisiera arrebatar al pueblo sus libertades. A su vez, defenderá una nueva fundamentación del Estado, una fundamentación liberal, basada en el contrato social y protectora de la propiedad. Un derecho de propiedad concebido, para el autor, en el seno «de una estructura de deberes inspirada en la ley natural y en la observancia de la virtud, definiendo a ésta como el desarrollo de una esforzada búsqueda de la excelencia moral a través del empleo de la libertad y el ejercicio racional del entendimiento».

Un liberalismo, a tenor del autor, virtuoso, que favorecía un sano individualismo en el que, alejado del individualismo egoísta, el hombre desarrollaba plenamente su libertad en la búsqueda de su prosperidad individual desde la excelencia moral. Una búsqueda basada en el ejercicio de la responsabilidad que le otorgaba la razón, que enjuiciaba la voluntad para, en su conciencia, entrar con sus acciones en una unión mística con Dios. Una unión «sacra» que hizo del trabajo algo santificado, pues, como señala Lassalle «una corriente divina fluía desde la conciencia individual hacia las acciones humanas y sus resultados». Y de esta conciencia, libre y alejada del dominio de otros hombres como propiedad originaria, otorgada por Dios para mejor uso de la libertad, surgió la propiedad, que, al estar teñida con este manto divino, se convirtió en algo inatacable por el poder político. La propiedad era voluntad de Dios y, como tal, no estaba sometida a la voluntad de ningún soberano.

El liberalismo de Locke, basado en un individualismo virtuoso, anteponía obligaciones a derechos, no derechos a obligaciones, y por ello concebía el trabajo, como expone el autor, como «la plasmación de esa disciplina virtuosa que buscaba el continuo perfeccionamiento moral, primero del hombre y después del mundo, ya que estaba al servicio de cumplir los deberes naturales, y entre ellos el principal de contribuir a la supervivencia de toda la especie humana». En definitiva, un liberalismo profundamente social que, desde la libertad,

creía en la justicia y en la dignidad del ser humano al estar inspirado en la ley natural, que legitimaba a su vez el poder político.

Sin embargo, hasta llegar a los *Dos Tratados*, Locke perfilará un liberalismo primigenio en su *Carta sobre la Tolerancia*, donde, para defender al protestantismo de las amenazas que se cernían sobre él por parte de un rey que se consideraba investido de su poder por el mismo Dios, sostendrá, como expone Lassalle, que «*el poder legítimo era aquel que tenía una naturaleza instrumental cuyo fundamento no estaba en el derecho divino del rey —que era la tesis del absolutismo—, sino en el consentimiento de los gobernados*». En definitiva, un contrato social entre gobernantes y hombres libres para legitimar el poder político. Un poder que, además, es necesario separar de la religión, para permitir una sana convivencia del pluralismo religioso en libertad.

Lassalle, sin embargo, no agota su relato liberal en Locke ni en los *whigs*. Tras analizar a los liberales franceses y la poderosa influencia que sobre Montesquieu y su *Del Espíritu de las Leyes* ejercieron tanto Locke como, sobre todo, Bolingbroke, para configurar su teoría de la separación de poderes, baluarte de la libertad contra el despotismo, el autor vuelve, tras pasar por Turgot, a la pérfida Albión para dirigirse a Escocia y encontrarse con el verdadero Adam Smith y el liberalismo escocés.

Adam Smith, señala el autor, ha sido deliberadamente malinterpretado por quienes pretenden ver en él a un «*profeta del individualismo posesivo, cruzado del Estado mínimo y defensor recalcitrante del egoísmo, Adam Smith se sitúa en las antípodas de esta interpretación. Como también lo hace de quienes lo reivindicaban como el precursor del evangelio neoliberal de finales del siglo xx*». En verdad, y como acerbamente recuerda Lassalle, J. K. Galbraith afirmaba que la *Riqueza de las naciones*, la obra más conocida de Adam Smith es, junto a la Biblia o *El Capital*, de Marx, «*uno de los tres libros que los eruditos de pacotilla creen tener derecho a citar sin leer*».

Decidido a desmontar el mito neoliberal que desde la ignorancia se ha cernido sobre Adam Smith, el autor revela que, pese a las aparentes contradicciones o «tensiones» intelectuales existentes entre su obra

«moralista» y su obra «economicista», Adam Smith no fue el prototipo del *neocon* o neoliberal moderno, sino un auténtico *whig* formado en el viejo republicanismo con influencias del empirismo y el estoicismo.

El liberalismo de Adam Smith, que Lassalle describe como *liberalismo simpático*, revela el carácter antiegoísta que no han visto o querido ver sus «seguidores». El liberalismo del autor escocés es hondamente empático y tolerante porque «*el comportamiento liberal exigía del individuo desdoblarse, propiciando posiciones de consenso y concordia*». Un comportamiento, pues, alejado del feroz individualismo que le han atribuido quienes solo han leído la *Riqueza de las naciones* —o mejor, dicen haberlo hecho— y no *La teoría de los sentimientos morales*, anterior en el tiempo y en donde muestra un fuerte rechazo al egoísmo mientras aboga por la *simpatía*.

Sin embargo, la labor de «desbroce» intelectual que el autor realiza de la obra de Adam Smith no se queda ahí, sino que continúa hasta revelar que el verdadero Adam Smith, aquél que se ha querido ocultar y negar, «*tenía claro que los empresarios no eran inocentes*», pues su interés no era el general, sino el particular, como muestra su deseo de elevar la tasa de beneficio del capital, que no dependía del crecimiento económico del país. En el fondo, «*lo que los empresarios pretendían era sustituir al Estado. Transformarlo en una especie de compañía mercantil gobernada por ellos, corrompiendo el interés general hasta hacerlo particular*».

Por otro lado, y por si lo anterior no fuese suficiente para desmontar muchos de los mitos que sobre el escocés han vertido quienes dicen haberlo leído, el autor demuestra que Adam Smith creía en los impuestos, concibiéndolos no como una seña de esclavitud, sino de profunda libertad. Algo perfectamente lógico en un *whig* coherente y comprometido con la virtud cívica y la responsabilidad del ciudadano en pro del bien común y el interés general, pero que quizá resulte algo cuasi herético en quienes, malinterpretándolo, han divinizado una sesgada teoría del mercado de Adam Smith y no su compromiso con la virtud.

Lassalle revela con claridad que Adam Smith, lejos de promover un Estado abstencionista y que no interviniese en la sociedad, creía

que el mercado, libre, debía ser neutral, pero no el Estado, que debía de ser vigilante con los especuladores y enemigos del interés general. El mercado que propugnó *«no era un mercado viciado y propicio para la corrupción, sino todo lo contrario. Era un mercado para la virtud. Un ámbito de sociabilidad responsable que debía expandirse gracias al Estado. Éste debía garantizar rigurosamente la libertad de los ciudadanos al tiempo que se protegían sus derechos»*. Éste, y no otro, es el verdadero Adam Smith.

Tras el fracaso del modelo político virtuoso surgido tras la Revolución Gloriosa en la Inglaterra del siglo XVIII y la corrupción del legado *whig* por parte de Walpole y la Robincracia, las entonces colonias de los Estados Unidos supondrán el caldo de cultivo propicio para el desarrollo de los principios *lockeanos* y republicanos en la nueva *tierra de la libertad*.

El salto cualitativo de los Estados Unidos con respecto a Inglaterra para un desarrollo más profundo del liberalismo lo propiciaron tanto la geografía como la ausencia de clases, generando con ello un sentimiento igualitarista y comunitario en los primeros norteamericanos, que inyectó en el inconsciente social, como expone el autor, *«un carácter independiente que marcó desde el principio el relato de su identidad. Además, las raíces puritanas dotaron a su ciudadanía de un soporte virtuoso que asoció los ideales de comunidad políticos a los religiosos»*.

Este inconsciente colectivo, que marcó el carácter norteamericano, se vio agravado por la práctica independencia de la metrópoli, que adquirió su modelo de autogobierno, que limitaba los poderes de los representantes de la Corona y garantizaba un gobierno mixto donde la libertad y la propiedad se hallaban protegidas. Por ello, la sensibilidad de los colonos norteamericanos hacia cualquier atisbo de despotismo se desató cuando vieron que el rey, tras el escándalo Wilkes, podía utilizar de nuevo, como sus ancestros, la inmoral vía confiscatoria contra sus propiedades, para saciar sus ansias corruptas.

A causa de ello, a partir de 1763, los ánimos coloniales se encontraban encendidos, viendo una amenaza a sus libertades en la visión

imperialista de la política del rey Jorge III, que había endeudado al reino, obligando a los colonos a sufragar los gastos y el mantenimiento de las campañas militares.

La llama independentista prendió en 1765 tras la promulgación de la *Stamp Act*, que, con objeto de recaudar fondos, gravaba la emisión de todo papel o timbre legal. La oposición de los colonos fue vista por el rey como una amenaza que, mal resuelta, podría extenderse a Inglaterra, por lo que se aprobaron nuevos impuestos y se decidió el envío de más tropas a las colonias.

En 1773, el *Tea Act* incrementó la desafección de los colonos, desanudando los últimos lazos que unían a las colonias con la metrópoli, desencadenando la Guerra de la Independencia. El *Tea Act* fue visto por los colonos como una nueva intromisión real, al permitir un monopolio que beneficiaba exclusivamente a la Compañía de las Indias Orientales, por lo que, disfrazados de indios, arrojaron al mar un cargamento de té en el puerto de Boston el 16 de diciembre de 1773. Este hecho, considerado el primer acto de la Guerra de la Independencia, fue seguido en 1774 por el primer Congreso Continental, en donde, siguiendo la estela revolucionaria de los *old whigs* de la época de Locke, se aprobaron resoluciones recomendando la resistencia contra todo tipo de leyes coercitivas del Parlamento británico, además de un documento de peticiones para el rey.

Éste, como los absolutistas Estuardo, ordenó la detención de los autores, considerando las peticiones como alta traición. Demolidos los últimos puentes para la concordia y el entendimiento, el comienzo de la guerra fue prácticamente inmediato, el 19 de abril de 1776, cuando las milicias de los colonos y las tropas británicas se enfrentaron en Lexington.

El resto es historia, una historia liberal. El 4 de julio de 1776 fue aprobada por el Congreso Continental una declaración donde se afirmaba que las colonias eran Estados Libres e Independientes, suscribiendo el de 6 julio la Declaración de Independencia en donde, como señala Lassalle, «se contenía una exculpación de responsabilidad sobre la secesión. Traslada a Jorge III la culpa al haber querido imponer una tiranía sobre las colonias. El tenor del documento ma-

*terializaba los anhelos de un pueblo que había decidido sacudirse las cadenas de la corrupción y el despotismo, reflejando la ideología del liberalismo republicano defendido por los whigs como el hilo conductor del relato que explicaba la independencia». Finalmente, tras la derrota británica en Yorktown, en octubre de 1781, y el reconocimiento británico de la independencia, en el Tratado de Versalles en octubre de 1783, comienza oficialmente la historia de la joven república liberal, una república *whig*.*

Una república que, como refleja su Constitución de 1787, pretendió garantizar la libertad e impedir la tiranía, estableciendo un gobierno mixto federal en el que, mediante el conocido sistema de *checks and balances*, de controles y contrapesos, se garantizaba un gobierno mixto, profundamente equilibrado y en el que todos los poderes se hallaban controlados. El ejecutivo, como explica el autor, «elegido por el pueblo, en él se localizaba un elemento mediador de naturaleza monárquica que representaba a toda la nación y que podía suspender con su veto iniciativas irracionales y opresivas que pudieran surgir del binomio legislativo. De este modo, se mantenían todas las fuerzas sociales en un equilibrio que la Constitución garantizaba».

Lassalle finaliza su relato liberal con la figura de otro genio incomprendido: Edmund Burke. Irlandés y católico en una casta de políticos ingleses protestantes o anglicanos, fue el último *whig* y el primero de una serie de modernos *tory* que, con su praxis política, alargaron el relato *whig* hasta el siglo XIX, manteniendo vivo un discurso que hacía de la virtud y la moralidad ejes de un compromiso político con la sociedad y la ciudadanía.

Para Burke la libertad «era un don al que había que servir como un deber, una pasión del alma y un compromiso con la propia dignidad», como explica el autor. Una búsqueda «de la verdad, pero a partir de criterios de falseabilidad contrastables mediante la experiencia de lo humano. De ahí que detestase cualquier afirmación apriorista de verdades eternas e incontrovertibles».

Su concepción de la política, como deber y servicio, le hizo concebir a los partidos políticos como algo necesario, fruto de la suma

de un amplio conglomerado de hombres virtuosos, que situasen «*en la primera línea de la política a hombres de mérito y honor*», excluyendo por tanto de ella a los indignos y carentes de virtud. Hombres virtuosos y sacrificados entregados al bien y al servicio público, que, como él, no temían oponerse a la mayoría, porque «*Si se quería defender el bien público, había que ser capaz de oponerse a la mayoría cuando uno creía que estaba errada*».

Por eso y porque el nuevo *torismo* que encarnaba Pitt el Joven renovó el pensamiento *tory*, engarzándolo con la modernidad, el pensamiento de Burke dio un giro alejándolo de los *whigs* para acercarlo, sin llegar a formar parte nunca de él directamente, al partido *tory*. Sin embargo, desde un punto de vista estrictamente intelectual, fue el terror revolucionario encarnado por la Revolución francesa lo que hizo de Burke un *tory*.

En efecto, la experiencia jacobina causó un hondo malestar en Burke quien, a pesar de detestar profundamente el Antiguo Régimen, vio con desagrado el cauce que tomaban los acontecimientos revolucionarios en Francia. El rechazo del irlandés provenía de dos factores. El primero, la abstracción, y el segundo, la masa enfervecida.

Burke era un empirista para quien la Revolución francesa estaba resultando algo horroroso, sin ninguna similitud con la Gloriosa Revolución que en 1689 liquidó la tiranía despótica de los Estuardo. En Francia, a lo largo del siglo XVIII, se habían hecho grandes esfuerzos para controlar a la Corona, por lo que, como expone el autor, «*no entendía que se rechazara tan a la ligera las aportaciones constitucionales que habían logrado controlar parcialmente el absolutismo heredado de Luis XIV y que tenía detrás el trabajo de hombres tan admirables como Montesquieu, Turgot o Malesherbes*». Era una revolución por el poder, no por la libertad, desnortada y sin rumbo, guiada por la pura abstracción. En nada se parecía a la revolución norteamericana o a la Gloriosa Revolución porque, como bien clarifica Lassalle, «*aquellas fueron revoluciones a su pesar, que invocaron derechos y libertades que se negaban, a pesar de que existía una Antigua Constitución que los reconocía. Por el contrario, la Revolución francesa era otra cosa: una idea abstracta, una criatura sublime*».

Pero lo que más horrorizaba al irlandés era la masa enfervorecida. Una masa tiránica y despótica, un despotismo peor que el de un solo hombre. Las lecturas de los clásicos le hicieron ver, según el autor, *«que tanto los gobernantes como los gobernados estaban inclinados por igual a la corrupción. Nadie estaba a salvo de ella, pero sus efectos se agrandaban si los gobernados se dejaban arrastrar por el desorden de una masa que no se conducía de acuerdo con la disciplinada conducta de la virtud»*. La Revolución francesa estaba siendo guiada por gentes sin experiencia ni virtud, sedienta de ambición y de poder, no por élites virtuosas comprometidas con el bien común.

Sin embargo, hay que destacar que Burke, como buen *old whig*, creía en la revolución, siempre y cuando fuese considerada, como explica Lassalle, *«una salida excepcional que solo era legítima si era gobernada por la virtud de los hombres y administrada por políticos juiciosos y prudentes. De lo contrario, la rebelión era injusta y desembocaba en una tiranía terrible, ya que sustituía el despotismo de uno por el de muchos, lo cual era todavía peor que el estadio previo»*.

Con Burke da comienzo un nuevo *torismo* marcado por la imprenta *whig*. El último *whig* y un nuevo *tory* se encarnaron a la vez en la persona del político irlandés, un liberal profundo que concebía la política como algo pragmático, pegado a la realidad, y a los políticos como seres comprometidos con el interés general, virtuosos y con un hondo sentido del deber.

III

El liberalismo, como sintetiza Lassalle, *«nació como un empeño público y privado a favor de la virtud»*, fruto de la fusión intelectual del puritanismo religioso, fundamentalmente calvinista, y el humanismo cívico del Renacimiento, dando como resultado un *«individualismo virtuoso comprometido con la defensa pública de la libertad frente a la amenaza del absolutismo»*.

Este *momento liberal*, que germinó en la Inglaterra del siglo xvii, fruto de la conciencia de hombres libres de sus ciudadanos, hizo de

la propiedad y de la libertad los baluartes que enarbolaron las clases medias en su lucha contra la opresión y la tiranía que representaba la política absolutista de los Estuardo. Un pueblo *«en armas y sin amo, formado por iguales en derechos y obligaciones, que eran dueños de sí mismos, propietarios de su conciencia y de su libertad para decidir el destino que daban a sus vidas»*, que conscientes de sus ancestrales libertades consagradas en la Antigua Constitución, concebían la existencia de un gobierno mixto, controlado y controlable por el Parlamento, y guiado por la virtud y el deber, como la mejor garantía de que el egoísmo que anida en el alma de todo ser humano no sería proclive a las pasiones corruptas y despóticas en las que podía caer quien detentase el poder.

En ese sentido, este liberalismo, el auténtico liberalismo, producto de la amalgama conceptual que autores como Milton, Harrington, Sidney y, sobre todo Locke, reformularon a partir del republicanismo cívico, se convirtió en un corpus ideológico basado *«en la protección colectiva de la persona frente a las intromisiones de otros, incluyendo al Estado»*.

Locke fue el autor principal de esta fusión de republicanismo cívico y puritanismo y por ello es considerado el «padre del liberalismo», pues, *«a partir de los Dos Tratados sobre el gobierno civil puso en marcha una reflexión virtuosa de la libertad y de la propiedad que, a partir de la conciencia, combatió la corrupción de la persona y del gobierno»*. Locke construyó en definitiva un pensamiento que, por creer en un individualismo virtuoso, no egoísta, apostaba por la justicia y la dignidad humanas al concebir a todos los seres humanos como libres e iguales.

Sin embargo, y como señala el autor, autores como Mandeville reinterpretaron el individualismo virtuoso de los primeros liberales y lo confundieron con el egoísmo, al plantearlo *«como motor de la prosperidad y en la neutralidad radical del Estado como garante de la libertad»*.

Esta «falsificación» pervivió durante largo tiempo, y así continúa en amplios sectores de la sociedad, para quienes el liberalismo, en el siglo XXI, es sinónimo de feroz individualismo y egoísmo atroz, y

los políticos liberales, empresarios travestidos de políticos que solo buscan dismantlar el Estado para hacerse ricos y medrar a costa del esfuerzo de la sociedad.

Este liberalismo, en realidad, neoliberalismo o liberalismo económico, atacado por la izquierda marxista, que, tras la caída del Muro de Berlín se encontraba sin referentes, fue el nuevo enemigo que, en su dialéctica hegeliana, utilizó la izquierda como adversario ideológico a batir. Así, asoció liberalismo y neoliberalismo, confundiendo los como sinónimos, no como los antónimos que son. En este proceso de deliberada confusión no se encontraron solos, siendo ayudados por quienes abandonaron la virtud del liberalismo y se centraron exclusivamente en su factor economicista, para lo que reinterpretaron a Adam Smith, tomándolo como su profeta.

Este neoliberalismo, en su ignorancia, *«olvidó deliberadamente el empeño republicano de Smith por convertir al individuo en un espectador imparcial que actuase virtuosamente, y al Estado en una garantía del respeto a la neutralidad del mercado frente a los conspiradores empresariales»*. Virtud y mercado caminaban de la mano, pues Adam Smith no creía en los especuladores del mercado ni en los Estados abstencionistas que miran para otro lado. El mercado debía ser neutral, el Estado, no, algo que los liberales olvidaron.

Al otro lado del Atlántico, en las entonces colonias británicas, fueron conscientes de la perversión del pensamiento de Locke por parte de los nuevos *whigs* de Walpole, que habían favorecido e incluso impulsado la corrupción, y del peligro que se cernía sobre sus libertades. Por ello *«protagonizaron un segundo momento liberal que retomó la tradición virtuosa que asumieron los whigs de la época de Locke. En 1776 levantaron la república anhelada por la tradición comenzada por Locke. En ella los liberales norteamericanos construyeron una nación whig en la que el poder estaba al servicio de la libertad y la felicidad del pueblo»*. Su independencia y la conformación de un sistema político que pretendía superar los fallos de la Constitución británica hicieron de los Estados Unidos una nación auténticamente *whig*.

Burke, el último *whig* y el primero de unos nuevos *tories*, protagonizó la regeneración política y moral de Inglaterra tras la pérdida

de las colonias norteamericanas. Defendió una política del deber y la obligación, moderada y pegada a las circunstancias, pragmática pero no oportunista, consciente del peligro de los depredadores del mercado que solo buscan su beneficio particular, y no el colectivo.

El libro, magistral, clarifica con brillantez y rigor la historia de una ideología y una forma de entender la vida pública, sacando a la luz su verdadera alma. El alma plural, heterodoxa, empática y tolerante que hizo del liberalismo un baluarte contra el miedo que encarnaba la tiranía y el despotismo.

Por ello, pese a los falsos mitos que se han cernido sobre el liberalismo, su historia, a ratos constitucional, a ratos libertaria y revolucionaria, es la historia de una pasión, la pasión por la libertad. Una pasión que nace de la búsqueda de la virtud y no del beneficio o el poder. Una historia más profunda que la que representa la ley de la oferta y la demanda. Locke, Adam Smith y Burke protagonizaron esta eclosión virtuosa, y no otros. Eso es el auténtico liberalismo y no otra cosa.